

# Cahiers d'études romanes

Revue du CAER

38 | 2019 :

Territoires de la non fiction

Non fiction

---

## Miradas sobre el territorio

Crónicas de Leila Guerriero y María Sonia Cristoff

Yael Natalia Tejero Yosovitch

p. 67-101

---

### Résumés

Français Español

Les chroniques *Los suicidas del fin del mundo* (2005), de Leila Guerriero et *Falsa calma. Un recorrido por los pueblos fantasma de la Patagonia* (2005), de María Sonia Cristoff, racontent les histoires des territoires argentins traversés par diverses formes d'isolement. Les textes font partie d'une tradition littéraire argentine qui commence avec l'organisation de l'expérience visuelle de l'ordre colonial et continue dans l'essai d'interprétation national des XIX<sup>e</sup> et XX<sup>e</sup> siècles. Dans ces travaux, le regard sur le paysage et la topographie contient une réflexion sur l'interaction entre la société, l'État et l'environnement géographique et les projets de la nation en conflit.

Las crónicas *Los suicidas del fin del mundo* (2005), de Leila Guerriero y *Falsa calma. Un recorrido por los pueblos fantasma de la Patagonia* (2005), de María Sonia Cristoff, narran historias de territorios argentinos atravesados por diversas formas de aislamiento. Los textos se inscriben en una tradición literaria argentina que va desde la organización de la experiencia visual en el orden colonial hasta el ensayo de interpretación nacional de los siglos XIX y XX. En estas crónicas, la mirada sobre el paisaje y la topografía contiene una reflexión sobre la interacción entre sociedad, Estado y entorno geográfico y los proyectos de nación en pugna.

---

### Entrées d'index

**Mots-clés :** Non fiction, chroniques, Guerriero (Leila), Cristoff (María Sonia)

**Palabras claves :** No ficción, crónicas, Guerriero (Leila), Cristoff (María Sonia)

**Index géographique :** Patagonie, Argentine

**Index chronologique :** XX<sup>e</sup>

---

### Texte intégral

# Historia de un territorio fronterizo: la crónica

- 1 Quizás por el uso del mismo vocablo, se suele ubicar su origen en las crónicas de Indias u otro tipo de crónicas generales históricas. En efecto, la crónica como narración contiene la noción de tiempo inscripta en su nombre. En el prólogo al libro *Mejor que la ficción* (2012), el escritor español Jorge Carrión (1976) ofrece un resumen histórico muy pertinente para pensar en la tradición de los distintos géneros que derivan en la crónica actual. El autor se remonta a las crónicas que históricamente hicieron referencia a biografías, genealogías e historias del poder donde los protagonistas son guerreros, reyes, nobles o imperios. Sin embargo, mientras que los libros de viajes maravillosos, de cruzadas y de conquistas se escribieron con la voluntad de justificar intereses, la crónica actual a menudo intenta denunciar estructuras de poder <sup>1</sup>.
- 2 Entre los siglos XVII y XVIII se desarrollan algunos procesos que son fundamentales para la evolución ulterior del género: la expansión de los periódicos en Europa y América y la emergencia de la novela moderna. Los primeros periodistas modernos en lengua española como Ricardo Palma o Mariano José de Larra, ya en el siglo XIX se caracterizaron por el desplazamiento. Depusieron el relato de lo colectivo y lo público para priorizar el retrato de lo particular y privado: «de modo que el cronista deviene moralista nacional y analista de lo individual <sup>2</sup>». La mirada nacional también está presente en aquellas figuras políticas e intelectuales que, en los procesos de la independencia de las colonias españolas, divulgaron sus ideas a través de crónicas, ensayos y diarios de viaje. En ese entonces, en lo que hoy es Argentina, los escritores exploraron en torno al modelo escriturario de los viajeros y exploradores europeos. Tal es el caso en la novela ensayística *Facundo* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), originalmente publicada por entregas en el periódico chileno *El progreso* en su exilio durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas.
- 3 Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, la renovación literaria que implicó el modernismo como movimiento latinoamericano supuso también el pasaje del nacionalismo local al cosmopolitismo. Algunos de los autores pertenecientes a este movimiento –José Martí (1853-1895) o Rubén Darío (1867-1916) – cultivaron la crónica como género y, por su práctica poética, hicieron uso de recursos del simbolismo, entre otras corrientes. Carrión señala que, entrado el siglo XX, es la ciudad –y no el país– la patria de los cronistas. Esos cuadros costumbristas del siglo XIX y las crónicas de los modernistas de corte poético-filosófico de principios del siglo XX son claros antecedentes de la crónica actual. Pero estos escritores en lengua castellana que produjeron su obra en el cambio del siglo XIX al XX (dentro de los cuales Carrión menciona también a José Enrique Rodó, Amado Nervo o Enrique Gómez Carrillo) no invocaron a los cronistas de Indias como sus antepasados. Es recién con el fenómeno del Boom Latinoamericano de los años '60 y '70, cuando podemos encontrar la construcción de ese linaje que remite a los cronistas de Indias, y que sin embargo luego fue reapropiado por la escritura de no ficción.
- 4 Según el escritor colombiano Darío Jaramillo Agudelo (1947), editor y prologuista del libro *Antología de la crónica latinoamericana actual* (2012) este género vertebró toda la historia literaria de la Argentina: desde Sarmiento, hasta las obras de Rodolfo Walsh (1927-1977), pasando por las *Aguafuertes Porteñas* de Roberto Arlt (1900-1942), publicadas entre 1928 y 1933 en el periódico *El mundo*<sup>3</sup>. La figura de Rodolfo Walsh cultivó este género dentro de las coordenadas políticas propias de su país. En la revista *Mayoría*<sup>4</sup> se desarrolló un trabajo de divulgación del revisionismo histórico. Allí se publicaron por entrega las obras *Operación Masacre* (1957) y *Caso Satanowsky* (1973):

Es una revista cultural donde podemos rastrear los orígenes de un 'nuevo periodismo', una modalidad narrativa cuya historia anglosajona suele indicar a Truman Capote como padre fundador, aunque los trabajos de Walsh en Argentina se anticiparon a él varios años<sup>5</sup>.

- 5 A menudo se vincula el desarrollo del periodismo narrativo latinoamericano con la tradición norteamericana (con nombres como Truman Capote, Norman Mailer, Gay

Talese, Thomas Wolfe, John Hersey) o europea (con casos como Oriana Fallaci, Günther Walraff y Ryszard Kapuściński). Sin embargo, la crónica en América Latina tiene su propia historia. Mientras que los escritores modernistas hicieron de sus crónicas «pequeños poemas en prosa de contundente actualidad», los novelistas del medio siglo le dieron estructura, construyeron personajes e hicieron uso de flashbacks, monólogos interiores y de organización en capítulos<sup>6</sup>.

6 Con el inicio de la última dictadura militar en Argentina (1976-1983), comenzó no sólo una etapa represiva de fuerte silenciamiento de los medios de comunicación sino también un proceso de concentración mediática que continuaría durante los años '90. La labor de compromiso político de Walsh y otros tantos periodistas fue constante a través de la colaboración en la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA) y en Cadena Informativa, que «proveyó datos duros a medios de comunicación, embajadas y políticos, entre otros destinatarios, para romper el cerco informativo<sup>7</sup>».

7 Los inicios de los períodos dictatoriales en países de América Latina coincidieron con el final del Franquismo en España. Carrión ve en ese contexto político una de las causas del desencuentro entre las miradas de los cronistas españoles y los latinoamericanos. Asimismo, el periodismo narrativo hispanoamericano y el norteamericano también sufren destiempos:

La herencia del modernismo y del Nuevo Periodismo americano, por tanto, es asumida en un contexto convulso, entre el duelo por los desaparecidos y la irrupción del neoliberalismo, entre la muerte de la revolución y el nuevo imaginario global, entre el fin de la Ciudad Letrada y la transformación de Buenos Aires, Lima, Caracas o México D. F. en megalópolis difusas. Una posmodernidad herida<sup>8</sup>.

8 El regreso de la democracia en los países de América Latina, y particularmente en Argentina, presenta a la crónica muchos desafíos políticos y culturales vinculados con la construcción de una cultura democrática. Entre finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, la crónica latinoamericana se desarrolla en una extensa red de revistas editadas en diferentes ciudades del continente, generando así una conciencia de mancomunidad panhispanica<sup>9</sup>. El género migra al formato libro y figura en las listas de los más vendidos. Este boom editorial brindó condiciones para la gestión de espacios de intercambio y formación. La masivización de Internet como fenómeno contemporáneo también permite la ampliación del espacio de la crónica a través de revistas digitales o blogs. El espacio que la crónica hispanoamericana perdió en los diarios, lo pudo recuperar parcialmente en revistas de periodismo narrativo o crítica cultural y en redes inmateriales como Internet.

9 Dos hitos dan cohesión a esta red de periodismo narrativo y literatura de no ficción: la creación de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, creada por el escritor colombiano en 1995, y la apertura de la Fundación Tomás Eloy Martínez, que desde 2010, tras la muerte del escritor, se propone custodiar su legado y promover el periodismo a través de actividades de debate, reflexión, talleres y difusión.

10 La importancia de la crónica en el contexto actual no se vincula solamente con el auge del periodismo digital sino que responde a una trama histórica compleja donde los medios de comunicación son arena de disputa permanente. En el caso puntual de la Argentina, la historia del período democrático está profundamente marcada por las consecuencias de la dictadura. Durante el gobierno de Carlos Menem (1989-1999), se emite un decreto que se suma a la ley de Radiodifusión de la Dictadura, que habilita la formación de multimedios<sup>10</sup>. En los últimos años, un conjunto de publicaciones culturales independientes argentinas resisten a los oligopolios<sup>11</sup>. Se suman a esta constelación cultural todas las publicaciones –impresas o digitales– que a través de la autogestión o del apoyo institucional, convergen en la disputa por contar la realidad<sup>12</sup>.

11 En un contexto de poder corporativo cada vez más hegemónico, de militancia periodística contrahegemónica y de discusiones académicas sobre la literatura testimonial y/o documental, los periodistas o escritores de no ficción asumen tareas a caballo entre ambos campos culturales –el literario y el periodístico– ofreciendo un trabajo de compromiso y enjundia con la tarea que emprenden. Por eso, en 2017 se

organizó en Buenos Aires el primer Festival de No ficción «Basado en hechos reales», donde distintos escritores disertaron, conversaron y ofrecieron talleres sobre el periodismo narrativo e investigación.

- 12 Las dos autoras cuyas obras nos proponemos analizar forman parte de una generación de escritores preocupados por la construcción de una mirada de lo real que nada tiene que ver con la presunción de objetividad de los medios hegemónicos concentrados al calor de las políticas neoliberales. En *Los suicidas del fin del mundo*, Leila Guerriero investiga una ola de suicidios ocurrida en el pueblo patagónico de Las Heras entre 1998 y 2001 poniendo el foco en las realidades que a duras penas son noticia a nivel nacional. En *Falsa calma*, María Sonia Cristoff narra historias singulares de los «pueblos fantasma» de la Patagonia (incluso el caso de Las Heras), donde el aislamiento es la consecuencia de una conjunción de políticas inconclusas y del vaciamiento de los recursos del Estado. Con una trayectoria más ligada a la ficción, como Cristoff, o una tradición más ligada al periodismo cultural, como la de Guerriero, ambas autoras emprenden un viaje no solo a un espacio de alteridad territorial sino a nuevas miradas y testimonios posibles sobre ese espacio.

## Topografía de un territorio fronterizo: la crónica

- 13 Como caracterización liminar, la de Juan Villoro ha sido retomada por muchos cronistas y críticos: la crónica es el ornitorrinco de la prosa (2006)<sup>13</sup>. La metáfora<sup>14</sup> permite dar cuenta de las características del periodismo narrativo como lugar de encuentro de otros géneros. Si el ornitorrinco tiene la característica de parecer la suma de otros animales, del mismo modo la crónica se mimetiza con otros géneros pero siempre en la búsqueda de un equilibrio armonioso:

De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la «voz de prosenio», como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser<sup>15</sup>.

- 14 El interés por la alteridad está presente en lo que el género crónica comparte con las prácticas etnográficas y con los problemas sobre el concepto de cultura que esta entraña. Los temas de la etnografía y del periodismo narrativo coinciden en la atención que destinan a los relatos particulares<sup>16</sup>. Según Cristian Alarcón, cuyas crónicas toman este camino, el periodismo abre los mismos interrogantes que la literatura en el sentido de que ambas apuntan a lo universal. Un buen cronista pondrá su ojo en aquello que la mirada «objetiva» de la prensa hegemónica omite o desconoce. Concibe la realidad como algo que se interpreta a medida que se narra. Pero el lector debe trabajar en la construcción del sentido de la historia, puesto que el periodismo narrativo carece de una visión de mundo acabada y completa<sup>17</sup>. El aporte de la no ficción como género literario permitió pensar el trabajo de selección, montaje y narrativización operados sobre el material testimonial.
- 15 En su texto «Qué es y qué no es el periodismo literario: más allá del adjetivo perfecto», Leila Guerriero parte de una definición muy general: se trata de un periodismo que toma ciertos recursos de la ficción (estructuras, climas, tonos, descripciones, diálogos, escenas) para contar una historia real y que a partir de esos elementos «monta una arquitectura tan atractiva como la de una buena novela o un

buen cuento<sup>18</sup>». La primera regla que enuncia es que la práctica del cronista supone la investigación de archivos, estadísticas, libros, documentos históricos, mapas, fotos, causas judiciales. Podemos agregar que esta labor aproxima al periodismo narrativo al trabajo del historiador. Además, Guerriero enuncia aspectos que imprimen en su tarea la utopía de la observación etnográfica: «[...] todo lo que hay que hacer es permanecer primero para desaparecer después<sup>19</sup>». Sólo así considera posible la emergencia de una escena, un detalle, una frase o cualquier elemento que revele el carácter universal de la historia particular que pretende narrar. Para Guerriero, el periodismo –literario o no– es lo opuesto a la objetividad: «Es una mirada, una visión del mundo, una subjetividad honesta<sup>20</sup>».

- 16 En el prólogo a la reedición de *Falsa calma*, de 2014, María Sonia Cristoff elabora una teoría crítica sobre la crónica:

En el exacto principio de este siglo, la narrativa de no ficción salió de ese cono de sombra en el que durante las dos décadas previas habían venido escribiendo extraordinarios textos María Moreno, Raúl Rossetti, Matilde Sánchez y Osvaldo Baigorria y, apartándose de ellos, se extendió hasta convertirse en un tipo de relato mainstream, lo que generó muchas más publicaciones y recetas y premios y malentendidos que discusiones [...] <sup>21</sup>.

- 17 Cristoff arremete contra el supuesto de que por crónica únicamente debe entenderse una narrativa escrita bajo los preceptos de los manuales de ética periodística a la que luego se debe edulcorar con literatura: «[...] en esa receta lo que menos me cierra es el edulcorante<sup>22</sup>». La literatura no es un conjunto de ornamentos que adosar al relato periodístico resultante de un chequeo de fuentes; si lo fuera, se reduciría a sus técnicas y no a un espacio de búsqueda de la propia poética, en diálogo con «lecturas y precursores y polémicas y apuestas y fantasmas<sup>23</sup>», al margen de toda posible autoridad institucional. En una crónica lo que se pone en juego no es «esa entelequia llamada verdad objetiva, chequeable<sup>24</sup>» sino la articulación de una hipótesis: «las estrategias a partir de las cuales está construida, el trabajo sobre el terreno en el que se apoya, las lecturas con las que dialoga, las posturas con las que discute<sup>25</sup>». En esa articulación, Cristoff considera perfectamente válido tomarse las libertades técnicas que haga falta. «De hecho creo que es así, en tanto maquinaria propagadora de sentidos –y no en tanto recetario de técnicas– que la literatura ingresa en este tipo de narrativas<sup>26</sup>».

- 18 La crónica no es sólo un texto periodístico producto de una práctica cultural que hace uso de recursos literarios para dar cuenta de determinadas realidades, sino también un texto literario que a partir del trabajo con materiales de archivo, con testimonios y con recursos retóricos genera una forma discursiva y poética que excede los límites de la autonomía estética pero que interviene al mismo tiempo en una doble dirección: al interior de las instituciones vinculadas con la literatura y hacia todo el espectro de la discursividad social.

- 19 Podríamos decir, entonces que estos textos se piensan a sí mismos en la zona *border* entre la autonomía literaria y la postautonomía. Con esta idea nos referimos a la noción que acuñara Josefina Ludmer en su artículo «Literaturas postautónomas 2.0» (2009), concepto que hace referencia a escritos del presente que atraviesan la frontera de la literatura y quedan afuera y adentro, en posición diaspórica. Son literatura en la medida en que conservan el formato libro, se definen como tal y circulan en espacios vinculados con lo literario pero se instalan en una realidad cotidiana para ‘fabricar presente’ y ese es precisamente su sentido. Representarían a la literatura en el fin de ciclo de la autonomía literaria, puesto que las categorías que acompañaban a la institución moderna llamada «literatura» –tales como la ficción– son puestas en crisis<sup>27</sup>.

- 20 El estatuto literario de estas crónicas se evidencia no solo en el posicionamiento postautónomo de los textos como intervención en la construcción de la realidad –en disputa con el periodismo hegemónico y pretendidamente objetivo– sino también en su inscripción en una tradición eminentemente literaria que en este caso está vinculada con la representación y apropiación del territorio. Pero también con la denuncia de la confluencia entre la impericia política, el legado de la violencia estatal, y distintas formas de abandono o aislamiento.

# Traspapelando los mapas

21 Guerriero estructura su crónica en trece episodios donde narra su viaje, sus entrevistas y su investigación a través de diversos documentos. Cristoff, por su parte, cuenta en diez capítulos su experiencia en distintos pueblos del sur argentino (Cañadón Seco, Pico Truncado, El Cuy, Maquinchao, Las Heras). El capítulo diez se ocupa específicamente de Las Heras. En «La región silenciada. Una mirada a la Patagonia Argentina a través de *Los suicidas del fin del mundo*, de Leila Guerriero» Núria Sabaté Lloberá inscribe a la autora dentro de un grupo de escritores que intentan romper con el encasillamiento regional que se le ha dado a la Patagonia. Entre ellos se encuentra también Cristoff<sup>28</sup>. La hipótesis de la autora es que Guerriero interpreta los suicidios no como crímenes auto-infligidos sino como acciones resultantes de las políticas nacionales e internacionales heredadas de la época de la colonización y la expansión interna argentina del siglo XIX<sup>29</sup>. La atención que Guerriero brinda a los suicidios de Las Heras es, según Sabaté, una respuesta a la indiferencia de los periódicos hegemónicos. Las entrevistas a familiares y conocidos de los suicidas se convierten en «testimonio plural del imaginario patagónico<sup>30</sup>» porque dan cuenta de otra Patagonia, que no sale en los panfletos turísticos ni recibe beneficios económicos de la extracción del petróleo. Como indica Sabaté, la voz de Guerriero queda en segundo plano frente a las voces de los principales testimoniantes. Mientras que en su texto la inclusión de diálogos mediante guiones es frecuente, en el caso de Cristoff veremos un uso constante del discurso indirecto libre, muy próximo a los personajes.

22 En el primer capítulo, Guerriero presenta un mapa parcial de la Provincia de Santa Cruz, lo que permite exponer la polisemia del título: «el fin del mundo» es una designación relativa a una forma hegemónica de organizar el espacio geográfico (bien podría hablarse del «comienzo del mundo»); pero también puede leerse desde un sentido temporal (y escatológico), pues los casos se producen en vísperas al final del milenio. Por eso, la narración no comienza con el primero de una larga serie de suicidios, sino con referencia al 31 de diciembre de 1999 y los preparativos del fin de siglo. Ya desde el comienzo aparece una prolepsis que anticipa el suicidio de Juan Gutiérrez, de 27 años:

Allí, y en toda la Argentina, se preparaba la juerga del milenio con fiestas, alcohol y fuegos de artificio. Pero en Las Heras, ese pueblo del sur, Juan Gutiérrez, soltero, sin hijos, buen jugador de fútbol, no vería, de todo eso, nada<sup>31</sup>.

23 El inicio del siglo XXI no coincide con el primer ni el último suicidio de Las Heras sino con uno más. Pero Guerriero lo hace coincidir con la naturalización de lo extraordinario<sup>32</sup>:

Esa noche, a las doce en punto, estalló el fin del milenio y en Las Heras hubo fiestas. Nadie suspendió los encuentros, las comidas, el brindis de la medianoche. Habían sido muchas: los vecinos ya estaban habituados a esas muertes<sup>33</sup>.

24 A partir de ahí, la narración se remonta a los orígenes históricos del pueblo y al recuento de una trama ligada al petróleo que se conduce hasta al presente de la narración: el pueblo «brotó» cuando se inició la construcción del Ferrocarril Patagónico desde Puerto Deseado hasta la Cordillera. Durante un tiempo fue un sitio de acopio de lanas y cueros. La construcción se vio interrumpida por el estallido de la Primera Guerra Mundial. En los años '60 se descubrió que la región estaba próxima al yacimiento petrolífero más importante de la zona. Así, Las Heras devino la base administrativa de YPF y aunque los gobiernos dictatorial y democrático desarticulaban el ferrocarril argentino, Las Heras seguía teniendo un recurso valioso. La corporación estatal es presentada como: «una patria paralela que encendía los sitios por los que pasaba creando escuelas, rutas, hospitales», incluso en sitios donde «no hay ríos, ni arroyos ni pájaros ni ovejas, los cielos van cargados de nubes espesas, un viento amargo muele y arrasa a 100 kilómetros por hora y la tierra se desmigaja a veinte grados bajo cero<sup>34</sup>».

25 Aquel descubrimiento produjo un incremento de la población local por la llegada de gente en busca de trabajo. Guerriero describe el territorio como un sitio de hombres

solos y de migración a donde también llegaron mujeres que ejercieron la prostitución<sup>35</sup>. Esto produjo la llegada de iglesias del variado espectro ecuménico. Los años 80 fueron años de prosperidad hasta que en 1991 comenzó la privatización de YPF en manos de Repsol y «el paraíso empezó a tener algunas fallas<sup>36</sup>». En ese entonces, gobernaba la ciudad un intendente peronista de nombre Francisco Vázquez. Durante esa gestión – tal como ocurrió en casi todo el país en la década del '90– se redujo personal y se tercerizaron procesos. El desempleo, para el año 1995, ascendía al 20 % y 7 000 personas dejaron Las Heras: «Quedaron los que estaban cuando fui. No todos, pero sí muchos, eran los solos y los dolientes. Los rotos en pedazos. De algunos –no todos– habla esta historia<sup>37</sup>».

- 26 Entre los hechos más recientes, el texto menciona la gobernación de Néstor Kirchner<sup>38</sup> entre 1991 y 2003:

En la publicidad paga que la Subsecretaría de Turismo de Santa Cruz publicaba durante su mandato en diarios de Buenos Aires había un mapa y en ese mapa, donde debía estar Las Heras, no había nada: apenas la línea negra de la ruta 43<sup>39</sup>.

- 27 Como bien plantea Sabaté, la ausencia de Las Heras en un mapa refuerza la metaforización de las localidades patagónicas como pueblos fantasma «cuya estigmatización parte de las instituciones oficiales<sup>40</sup>». Las Heras es un pueblo paradójico: lo suficientemente nuevo como para que permanezcan los recuerdos de los orígenes y lo suficientemente viejo como para volverse fantasmal.

- 28 Luego de este racconto, aparece el punto de partida del viaje que la cronista emprende para investigar sobre los suicidios que conmocionaron al pueblo y narrarlos de un modo tal que velen y revelen mucho más que todos los intentos de inteligibilidad de los testimonios particulares. La llegada de la cronista, por otro lado, está marcada por las problemáticas sociales de la crisis de 2001. Allí permanecerá más tiempo del esperado a causa de un corte de ruta en reclamo de puestos de trabajo<sup>41</sup>.

- 29 *Falsa calma* se inicia con un fragmento autobiográfico que sitúa la genealogía de la autora en tierra patagónica y que ofrece un efecto de extrañamiento al configurarla como tierra de inmigrantes:

Aunque mi padre nació en medio de la Patagonia, todos a su alrededor hablaban búlgaro: mi abuelo había logrado evitar el trabajo en el petróleo que esperaba a la mayoría de sus compatriotas emigrantes y se había comprado un reducto próximo al río Chubut, donde estaba asentada la colonia galesa, en el cual, con el pretexto de cultivar, se dedicó a reanudar su propia Bulgaria. [...] Cuando mi padre salía de su reducto para jugar al fútbol con los amigos de las chacras vecinas sabía que las reglas eran pegarle bien a la pelota y hablar ese otro idioma que hablaban sus amigos rubios: ya de chiquito se las ingeniaba bien con el galés de potrero. [...] Un día, cuando mis abuelos calcularon que tendría seis años, lo llevaron hasta un pueblito cercano, Gaiman, y lo depositaron en un banco de escuela. Desde allí mi padre se percató, observando bien a su alrededor, de que muchos, casi diría todos, hablaban un tercer idioma. No se parecía en nada a los que él sabía, y se llamaba castellano<sup>42</sup>.

- 30 Este fragmento va configurando una localización propia del espacio que la cronista aborda; un espacio de afiliación familiar y también de extranjería. Pero en ese espacio, lo otro es lo local: la lengua oficial de los argentinos. Cristoff se traslada en busca de historias, pero su viaje no es solo a través de la extensión sino que es también intensivo: la clave de la observación está en caminar la mayor cantidad de veces posibles las mismas calles, buscando lo que el periodista Daniel Herrscher denomina «detalle revelador<sup>43</sup>», es decir, una imagen o una idea que dé cuenta de una realidad más abarcadora y, podemos agregar, que resalte el valor universal de esa historia.

- 31 En la localización de Las Heras, Cristoff coincide con Guerriero en señalar el carácter fantasmagórico del pueblo en los mapas. Pero sus razones son otras; no es el pueblo sino sus ríos profundos los que desaparecen de la cartografía:

El mapa, sin embargo, engaña: da a entender que desde muy cerca de Las Heras se ve el río. El río Deseado que viene desde la Cordillera y desemboca en El Atlántico. Pero no es así, el Deseado no se ve porque, justo a la altura de Las Heras, se convierte en río subterráneo. Uno mira el mapa antes de viajar, de llegar a Las Heras, y después se siente como esos navegantes medievales que cuando

finalmente se animaban a avanzar más allá veían que donde el mapa mundi decía «Terra incógnita» había en realidad un paisaje acuático. Los mapas, todavía, ejercen su particular forma de engaño. Para llegar al río desde Las Heras hay que atravesar unos cuantos kilómetros [...]. Cuando llegamos a lo que me señalan como el río, veo que no se trata de un curso de agua sino de un gran corte en la meseta, como una herida ancha y profunda que lo ha trastocado todo: lo que venía siendo terreno plano se convierte en una especie de acantilado. Desde acá arriba miro, por primera vez en mi vida, un río subterráneo: se ve el recorrido pero no el agua y, en algunos sectores en los que, supongo, las napas de agua están más cerca de la superficie, ha surgido una vegetación ínfima, de carácter eternamente precario<sup>44</sup>.

- 32 El cauce del río es representado como un impulso que evade al pueblo por vías subterráneas. Del mismo modo, la mano del hombre también parece escamotearlo, pues la ruta principal que une el mar y la Cordillera hace un giro a la altura de Las Heras y deja al pueblo a un costado:

Lo convierte en un pueblo esquivado. Una curvita chica pero lo suficientemente contundente como para permitir que nadie se vea obligado a parar ahí. La gente entonces suele cargar nafta en Truncado y después pasa de largo [...]<sup>45</sup>.

## Gone with the wind: la historia de Las Heras

- 33 Publicadas en el mismo año, ambas obras se ocupan del caso de Las Heras, con modalidades muy distintas. Tal como plantea Sabaté, Guerriero deja que los testimonios hablen por sí mismos. Tanto a través del discurso directo como del discurso indirecto libre, logra combinar proximidad y distancia respecto de los personajes que prestan testimonio: una proximidad que los caracteriza y una distancia con la voz de la propia narradora. Cuando dialoga con las familias de Sandra Mónica Banegas, cuyo caso inauguró la consciencia de una serie continuada de suicidios, aparece una fuerte filiación con discursos religiosos y una atracción temerosa respecto de prácticas sectarias y esotéricas:

[...] Había mucha secta ubanda.

\_ ¿Ubanda?

\_ Ubanda, sí. Y después vinieron los pastores nuestros de Brasil, y dieron vueltas, y se hicieron oraciones en cada esquina del pueblo<sup>46</sup>.

- 34 El siguiente testimonio lo ofrece Clara Montiel, la tía de Luis Montiel, otra de las víctimas. Clara también se remite al discurso esotérico-religioso. Dice que Luis no estaba protegido porque no llevaba su cruz: «Yo se la ponía y él se la sacaba porque sus compañeros se reían. Al no estar protegido, el Maligno le ha trabajado la mentecita. Es el Maligno el que se los lleva<sup>47</sup>». Clara insiste con la idea de que en el cuarto de Mónica había una lista con los nombres de todos aquellos que correrían la misma suerte.

\_ ¿Esa lista la vio alguien?

\_ No. Es que nadie sabe nada. Nadie vino a hacer nada. Nadie intervenía. Nadie investigó. Nadie preguntó nada<sup>48</sup>.

- 35 Los relatos de casos análogos incorporarán explicaciones de otras características, ajenas a la teoría de la lista y de las prácticas esotéricas; cercanas a las historias de desamparo familiar, de ausencias de contención o de falta de proyectos para la juventud. Sin embargo, más allá de la superstición, las palabras de Clara revelan la impericia política para tomar partido y evaluar los suicidios como asunto de la arena pública: «nadie vino a hacer nada».

- 36 Además de los testimonios de parientes y conocidos, Guerriero entrevista a otros habitantes de Las Heras que han logrado sobreponerse a las hostilidades del medio y en algunos casos desarrollar proyectos propios o ajenos. Tales son los casos de Pedro Beltrán, profesor de inglés de colegios secundarios; Naty, testimoniante del prostíbulo «Vía Libre» y Rulo, un DJ que a duras penas logra seguir las novedades de la música



electrónica en Buenos Aires en un contexto en el que todavía no hay Internet en Las Heras:

\_ Acá si no tenés empuje, se te van apagando las ilusiones. A veces, no te creas...  
yo creo que esa idea de quitarse la vida la ha tenido todo el mundo.  
Es que te cansa. Esto te cansa.  
Señaló la puerta.  
El viento pateaba para poder entrar 49.

37 Como veremos en el próximo apartado, el viento adquiere múltiples connotaciones, la mayoría negativas y configura así una descripción de la topografía. En este caso, el viento es personificado y señalado a través de un deíctico. Los habitantes lo identifican, lo señalan y lo convierten, tal como indica Sabaté, en responsable de los suicidios.

38 El capítulo 7 se titula «Bañero, Jinete, portero de noche» y narra los casos de Pedro Tellagorry, Marcelino Segundo Ñancuñil, César López, Javier Tomkins y Ricardo Barrios. Los dos primeros son mencionados de manera sucinta, posiblemente por falta de información. Lo que no pasa desapercibido para la cronista es precisamente esa ausencia de registro. Tellagorry era un hombre de 85 años cuyo cuerpo apareció sin vida por un disparo el 26 de diciembre de 1998. Marcelino Ñancuñil se ahorcó en su casa el 26 de abril de 1999. «Quizás porque no habían nacido en Las Heras, aunque vivía allí desde hacía tiempo, muy pocos recuerdan su suicidio [...] Sin embargo, fue el primero de un año escalofriante<sup>50</sup>». El capítulo prosigue entonces con el caso de César López, bañero de 25 años que se disparó. Para su amigo Darío, César se sentía oprimido por la actitud de un padre exigente, de profesión policía, y su decisión tenía como objetivo hacer reaccionar a su familia. Darío cuenta que César apareció intempestivamente en su casa con un arma de fuego amenazando con pegarse un tiro y que a pesar de haberlo disuadido, César ejecutó su decisión. Enseguida llegó su papá para unirse a los gritos y los golpes. «Cuando César escuchó la voz de su padre pidiendo por favor del otro lado – su puño queriendo romper la puerta a golpes– disparó<sup>51</sup>». Al salir de la casa, la cronista describe el cielo como «una ubre rasgada, llena de sangre <sup>52</sup>». Su mirada parece acompañar el clima del relato.

39 Para narrar los episodios previos al suicidio de César López, Guerriero menciona la perspectiva de Silvia de Tomkins, vecina de los López, quien recuerda haber visto a César volviendo a su casa, sin notar en ello nada raro. Un mes y una semana más tarde, su hijo Javier Tomkins, de 24 años se ahogó en el galpón de una chacra. La tragedia parece transmitirse entre contactos, como si se tratara de un virus. Ese efecto de enlace estructura el pasaje de una muerte a otra. Aunque se trate de un pueblo donde mucha gente se conoce, hay un esfuerzo de la autora por explicitar esos vínculos al enlazar los casos. Jéssica Ortiz, la novia de Javier, también da testimonio.

40 Jéssica Ortiz había partido hacia Comodoro a estudiar Trabajo Social. Su relato ofrece un perfil de Las Heras como un lugar tranquilo y seguro pero donde todos están «muy pendientes de lo que hacés<sup>53</sup>». Además, resalta la falta de perspectivas para los jóvenes, especialmente para las mujeres, que ven subordinadas sus voluntades a las de los varones.

41 Cuando los casos parecen entrelazarse a través de contactos, no es difícil percibir que el relato participa de ciertas formas del fantástico. Es un aspecto que también se asoma cuando en los testimonios aparece la amenaza de volverse un pueblo fantasma<sup>54</sup>. Pero la vacilación propia de este género dura poco. El espacio paraxial que caracteriza al fantástico siempre acaba por revelar su costado realista y su carácter político, clausurando toda duda respecto del modo de percibir los hechos.

42 Siguiendo la cadena de contactos, las palabras de Jéssica abren paso a la historia de Ricardo Barrios, vecino de Javier Tomkins y compañero de jineteadas. Tenía 21 años, trabajaba en el petróleo y también era portero de un club nocturno. Otra vez, Guerriero une las historias a través del suicidio; recién después se inicia el relato de vida: «Once días después, el 23 de agosto de 1999, cuando Ricardo Barrios entró a su casa y le dijo a su madre que o dejaba a su padrastro o se mataba, ella fue breve. Le contestó: ‘Matate’<sup>55</sup>». La historia de Barrios está contada a partir del testimonio de Demetria Salas, quien al momento de la entrevista tenía 45 años, vivía en Las Heras y había nacido «cuando las calles no estaban puestas, no había remises ni teléfonos ni

ambulancia ni gas<sup>56</sup>.» Hija de una familia con 21 vástagos y un padre que prohibió a sus hijas mujeres seguir estudiando tras finalizar la primaria, Demetria tuvo quince hijos y se separó de su primer esposo por violencia de género. Al igual que Demetria y su madre, la hermana menor también tuvo múltiples partos: 22 hijos. Cinco de ellos murieron. Uno de ellos era Ricardo:

La cría de Mabel sobrevivió como pudo mientras ella pasaba de un hombre a otro, de una casa a otra, y en cada mudanza olvidaba algo: unas bombachas, unos hijos. Un día se fue a vivir con un hombre cebado: la golpeaba, a ella y a todos sus críos, pero como era más de lo mismo, no le importó. A Ricardo sí<sup>57</sup>.

43 Tras amenazar a su madre con matarse y obtener su respuesta, Ricardo se colgó. La crudeza de Guerriero radica no solo en el lenguaje que utiliza para narrar, sino también en su habilidad para dar cuenta de las tramas sociales dominadas por la violencia de género, la imposibilidad de la planificación familiar y la ausencia de recursos para acompañar a los jóvenes en situación de violencia intrafamiliar.

44 El capítulo 9, «Los intentos» se ocupa de precisar todos los esfuerzos por contener y dar respuesta social y psicológica a la ola de suicidios. Múltiples entidades, especialistas y ONGs formaron parte de esa campaña. Si todos los relatos anteriores priorizaron el protagonismo de los testimoniantes, aquí aparecen diversas explicaciones psicológicas, que integran la «agresión natural del paisaje y la soledad histórica<sup>58</sup>» de la Patagonia. Esos discursos dan cuenta de la falta de arraigo y de oxigenación social de pueblos donde los sujetos reverberan en los mismos círculos y se produce el fenómeno de la urbanopatía, que a su vez provoca la falta de sentido y la pérdida de impulso vital. El lector que ha llegado a este punto no puede conceder ningún crédito a los relatos esotéricos, ni al mito de la secta ni al de la lista de suicidas que Sandra Mónica Banegas habría legado a la posteridad. También se habla de la falta de contención, la fragilidad de la autoestima, la desocupación, el silencio, la pérdida del sentido de la vida: todo esto produce un reclamo de atención a través de conductas agresivas muy fuertes. Otro factor de importancia es la falta de urbanización que invite al encuentro social.

45 Dos testimoniantes coinciden en *Los suicidas y Falsa calma*: Pedro Beltrán, profesor de inglés, y Sandra, la vidente cuya historia abre y cierra el capítulo diez del libro de Cristoff, dedicado a Las Heras. La inclusión de la mirada esotérica presente en el discurso de Sandra no pretende dar inteligibilidad a los hechos sino generar un efecto de distanciamiento respecto de un tipo de explicación presente entre los lashereños, que con más o menos resiliencia, han atravesado hechos traumáticos como los suicidios. En *Falsa calma*, Sandra encabeza una lucha contra la secta de los siete, refiriéndose con eso a la familia dueña de la casa de lotería del pueblo. Convencida de la capacidad de los siete de penetrar en los sueños y las mentes de las personas, Sandra les adjudica la responsabilidad de los suicidios y los acusa de querer invadir su mente para conocer los números de la lotería que serán ganadores. Sandra, la que escucha y tiene en su cabeza infinitos cuentos, es comparada con Sherazade, de *Las mil y una noches*:

Ella los detalló claramente en una carta que escribió al gerente de la Quiniela Nacional. Salió publicada en el diario, entera. En el diario de acá, de Las Heras, pero también en el de Comodoro. Quiénes son y por qué lo hacen. A todos esos los va a denunciar, está llena de pruebas. Ojo que no está hablando de pavaditas, está hablando de una secta poderosísima, una de las más potentes del mundo<sup>59</sup>.

46 La voz que construye Cristoff también juega con la proximidad y la distancia: intenta captar la mirada de Sandra y a la vez denuncia su obsesión infundada. La voz de la narradora recupera su punto de vista cuando integra a sus personajes o sus descripciones en su red de precursores. Uno de los intertextos que cita es un fragmento del cuento «La lotería de Babilonia», de J. L. Borges, para mostrar que la de Sandra es una historia ya contada<sup>60</sup> o, en otras palabras, para articular sus lecturas con los materiales que la investigación le presenta.

47 El capítulo diez, dedicado a Las Heras, se abre y se cierra con este testimonio, como si los otros personajes, cuyos relatos quedan envueltos por el de Sandra, fueran ejemplos de esas otras mentes que «los siete» podrían escrutar. Dice Sandra que no todos en Las Heras reaccionan de la misma manera, pero en todos se ve la marca de la destrucción

absoluta «que domina a este pueblo que parece parido por el mismo demonio<sup>61</sup>». Según esta fuente, los chicos que se han quitado la vida son víctimas de la misma secta:

[...] están los que resisten todavía menos los cuentos en su cabeza y directamente se matan. Son los casos de los suicidados, que en su mayoría son adolescentes y jóvenes. Claro, tienen menos resistencia todavía para soportar los cuentos. Les toman las cabezas, estas cabezas todavía frescas, sin tantas estrategias de defensa<sup>62</sup>.

48 Cristoff condensa la información sobre los casos en la cita de un informe donde se consignan 16 suicidios ocurridos entre 1996 y 1999, todos de jóvenes de entre 18 y 30 años y de una persona mayor. La autora se fundamenta en el «Diagnóstico Socioeconómico de Las Heras elaborado por Antonio Grant, de la Defensoría Social de Las Heras<sup>63</sup>».

49 Al igual que Guerriero, también Cristoff se ocupa de historiar el pueblo a través de los documentos y la bibliografía. Y pone el mismo énfasis en el origen azaroso de un sitio que, al decir de Guerriero, «brotó» con los trenes:

El pueblo surgió en el punto en el que se agotó el aliento de lo que iba a ser un proyecto mayor: el Ferrocarril Transpatagónico que uniría Puerto Deseado con la Cordillera de los Andes y, en el futuro, con el Pacífico<sup>64</sup>.

50 Con la Primera Guerra Mundial, la falta de hierro interrumpió la obra y solo quedaron aproximadamente doscientos kilómetros. Pero esa no es la única causa del proyecto inconcluso. Cristoff alude al libro de Bailey Willis, *Un yanqui en la Patagonia*, donde el geólogo norteamericano que inició los estudios para trazar el ferrocarril expone los obstáculos que debió atender: una alta burocracia y la «corrupción vernácula». El pueblo de Las Heras es caracterizado como un lugar de hombres que tenían un proyecto a largo plazo y de golpe quedaron varados. A esa parálisis, la autora suma la especie de hipnosis que provoca esta meseta: «Creo que proviene de una mezcla compuesta por la aparente monotonía del paisaje, el viento constante y la brutal presencia del cielo<sup>65</sup>».

## Miradas sobre el territorio

51 La topografía es una obsesión de la tradición literaria argentina en general y está presente en el ensayo de interpretación nacional tanto en el siglo XIX como en el siglo XX.

52 Incluso desde finales del siglo XVIII, la pintura de las llamadas «vistas» de los expedicionarios que, como parte de una campaña para «retratar el imperio», representaban ciudades y paisajes, respondía a una larga tradición iconográfica de artistas y cartógrafos cultivada en los Países Bajos desde el siglo XVI y difundida por toda Europa<sup>66</sup>. En las vistas de Buenos Aires y Montevideo, imperan diversas modalidades que coinciden con las descripciones del Diario de Malaspina. Sin embargo, el corpus expedicionario fue pobre en representaciones de la llanura. El modelo de vista desde la costa resultaba eficaz para Buenos Aires, una región carente de vegetación y de accidentes, donde la identificación del territorio la cumplieron los edificios. Ya en los informes de Malaspina, la llanura es evaluada en términos utilitarios, como espacio anexo a la ciudad, disponible para su explotación.

53 En el siglo XIX, los viajeros ingleses han jugado un rol fundamental en la codificación de La Pampa como un espacio vacío. Esto se debe a que las categorías topográficas que usaron desde una perspectiva europea fueron rápidamente apropiadas y resignificadas en clave política por los primeros escritores nacionales que intentaban distanciarse de la tradición hispánica<sup>67</sup>. El crecimiento de viajeros ingleses en la primera mitad del siglo XIX, abre un nuevo itinerario en la literatura de viajes por la región, que invierte el recorrido canónico de Lima hacia el Sur: ahora el recorrido supone el cruce de La Pampa desde Buenos Aires hacia las provincias mineras de los Andes, Chile y Perú. Para llegar a las montañas, había que recorrer durante días una extensión sin accidentes; ese fue el primer impacto en la imaginación de los viajeros. Las descripciones aluden a la

«ausencia física» y la «carencia estética»<sup>68</sup>. Se empieza a gestar la idea de la zona como espacio vacante. Posteriormente, Domingo F. Sarmiento, autor de *Facundo*, tomará esa topografía como clave de una interpretación histórico política. La extensión se vuelve un mal sin límites («El mal que aqueja a la Argentina es la extensión<sup>69</sup>») y la llanura es sinónimo de despotismo. Sin embargo, Sarmiento le expone a eso un programa de progreso y optimismo.

54 La serie de invasiones denominadas «Conquista del desierto» fueron llevadas a cabo en las últimas décadas del siglo XIX por parte del gobierno centralista recién estructurado con el fin de «consolidar las fronteras interiores<sup>70</sup>». Esto significaba invadir los territorios que desde la época colonial pertenecían a pueblos indígenas con un propósito: «Despoblar a la tierra de esos ‘otros’ irreductibles e irreconocibles, para reemplazarlos por blancos afines a la imagen del ‘nosotros’ que manejaba el Estado ‘nacional’ emergente<sup>71</sup>». Sabaté remarca el oxímoron contenido en el eufemismo con el que la historia oficial denominó al genocidio: no se puede conquistar una región desierta<sup>72</sup>. La autora acierta en afirmar que la Patagonia no era un lugar ni abandonado ni olvidado sino que ocupaba el centro de las políticas territoriales ejecutadas desde Buenos Aires merced a su potencial agrícola y sus recursos naturales. En efecto, la «Conquista del desierto» fue una empresa que benefició ampliamente a las familias hacendadas que concentraron la adquisición de tierras y a los capitales ingleses que invirtieron en el ferrocarril, cuyo diseño antepuso la eficacia requerida por el modelo agroexportador antes que las necesidades de integración de la nación. La herencia de este genocidio negado en conjunto con múltiples causas políticas y sociales, cuyo abordaje nos excede en este trabajo, condujeron a una decepción generalizada que dominó la ensayística de interpretación nacional del siglo XX.

55 Ciertos tópicos presentes en la obra de Sarmiento serían resignificados bajo otra óptica, por ejemplo, la del determinismo telúrico que domina la obra de Ezequiel Martínez Estrada. En *La cabeza de Goliat* (1947) lleva a cabo una «microscopía de Buenos Aires<sup>73</sup>» donde denuncia la hipertrofia de la capital con respecto del resto del país. Anteriormente, en *Radiografía de La Pampa* (1933), el autor desarrolla una hermenéutica de la llanura<sup>74</sup> que a partir de una raíz filosófica spengleriana abandona la dicotomía civilización-barbarie tal como la utiliza Sarmiento y se apoya en la dicotomía civilización-cultura<sup>75</sup>. En el caso de Martínez Estrada, el vacío como categoría topográfica ha vencido todo impulso de progreso. Pero el vacío es en realidad una transcripción espacial de una sensación de desamparo cultural. No obstante, esa sensación es producida por una mirada ante un pasado autóctono que nada ofrece a las expectativas estéticas de la ensayística de los años ‘30<sup>76</sup>.

56 La sentencia que Sarmiento profiere contra la extensión del país es refutada en el libro *Manual de zonceras argentinas* (1968), de Arturo Jauretche, donde se sostiene, a partir de ejemplos, que ningún país que haya renunciado o negociado territorios lo hizo sobre la premisa de que la extensión sea un mal<sup>77</sup>. En esa tradición de ideas, el ensayista ve una imposibilidad de pensar el territorio en términos de soberanía y una medición de la grandeza en términos que incluyen la dimensión económica, cultural e institucional, pero que excluyen lo que para él son las bases objetivas: la tierra y el pueblo argentino. Jauretche considera los contraargumentos:

Alguien ha pretendido que Sarmiento sólo se proponía en esta zoncera señalar las dificultades materiales que la extensión implicaba, tal vez olvidando que expresamente él iniciaba el achicamiento excluyendo la Patagonia de nuestro espacio<sup>78</sup>.

57 Pero Sarmiento tenía por delante el modelo de Estados Unidos, que iniciaba la «marcha hacia el Oeste»<sup>79</sup> para conquistar territorios colonizados por Francia, España o que formaban parte de México, mientras que el territorio que actualmente es la Argentina se repliega para achicar el espacio heredado. Tal contrasentido sólo puede ser entendido en el marco de la dicotomía «Civilización o barbarie»: realizar la civilización era, para el pensamiento unitario heredado por Sarmiento, hacer Europa en América, desamericanizarse. Para Jauretche, la desintegración del territorio original fue acompañada de otras zonceras, es decir, doxas con las cuales se justificó la pedagogía colonialista que desestimó el espacio como factor de la nación.

58 Los textos de Guerriero y Cristoff, al situarse en la temática territorial, dialogan con esta tradición. Sabaté considera que el problema de la identidad nacional (afín a la tradición señalada) está presente en *Los suicidas*, donde observa una evolución del tono:

[...] la perspectiva única sobre la Patagonia que aporta la periodista al principio, lleva a una reflexión acerca de la identidad argentina, acerca de quién es y cómo debe ser el verdadero argentino y si hay una única forma de serlo sin caer en estereotipos regionales y excluyentes. Esta reflexión identitaria aparece unida a los suicidios que sin responsables aparentes se convierten en símbolos de un vacío institucional causado por unas políticas de Estado discriminadoras que arbitrariamente incluyen a la región como parte de la Argentina según las necesidades estatales <sup>80</sup>.

59 Podríamos objetar que la búsqueda de una definición de una identidad nacional no es la meta principal del texto de Guerriero sino de la tradición con la que el texto dialoga. Pero lo que sí hay es una exposición de las dificultades que padecen los lasherños para construir una noción de identidad en relación al proyecto nacional. En este sentido, Sabaté plantea una analogía entre la aspiración de superioridad de la mirada europea, propia de las primeras crónicas, y la mirada porteña. Otro aporte del artículo de Sabaté es aquel que hace referencia al concepto de patagonialismo, que Silvia Casini desarrolla en analogía con la noción de orientalismo de Edward Said, para referirse a la red textual que desde la época colonial funda las primeras imágenes de la Patagonia. Esa tradición tiñe la llegada al sur de la cronista. En esas imágenes, el americano aparece como un salvaje que necesita ser civilizado y el espacio es tratado como una inmensidad imposible de habitar. Nos interesa señalar que esa red textual se compone de una cantidad de textos presentes en la literatura argentina y en el caso de Cristoff, la tradición se abre a otras lenguas. Frente a los precursores que hemos indicado –solo algunas dentro de la amplia ensayística de interpretación nacional– y la arquitectura intertextual de la obra de Cristoff, más que una mirada imperial asociada al afán de dominación, lo que hay es la mirada finisecular posterior al desguace del ferrocarril y contemporánea a la crisis del 2001. Se trata, precisamente, del contexto convulso al que Carrión denomina «Postmodernidad herida» <sup>81</sup>. La imagen del territorio patagónico en Guerriero es, tal como plantea Sabaté, la de un desierto incomunicado y cargado de peligrosidad «donde el viento se manifiesta como ente perverso, responsable de los crímenes» <sup>82</sup>. Es posible tirar del hilo y preguntarnos: ¿Tiene el viento otras significaciones? En el inicio, el viento obliga a la reclusión de los espacios públicos y se presenta como un obstáculo para la circulación:

Era mi primer día en Las Heras. El viento levantaba olas de polvo, azotaba los frentes de las casas bajas y todas las ventanas estaban cerradas. Después, días después, entendí que detrás de esos postigos había bares y kioscos, tiendas y mercados, algún gimnasio, pero entonces, luchando para avanzar contra ese viento inverosímil, lo que vi fue una ciudad cegada que por obra y gracia de un corte de ruta empezaba a ser, además, un sitio fuera del mundo, un lugar perdido <sup>83</sup>.

60 La mirada atenta del cronista urbano se trastoca en un impulso difícil de concretar:

Esperar en la calle, en un sitio como Las Heras, es la peor de todas las tareas. Con el viento arrasando o el frío punzante y la nada alrededor, uno empieza a darse severa cuenta de lo que debe ser vivir así, ahí, todos los días <sup>84</sup>.

61 Por momentos, ese ente perverso del que habla Sabaté se convierte en una fuerza devoradora que acompaña (o engulle) a los testimonios. Esto se observa cuando, ante la falta de registros oficiales sobre los casos de suicidio en Las Heras, Guerriero decide buscar subregistros en la funeraria del pueblo. Mientras dialoga con su dueño, Carlos Navarro, afuera el viento se presenta como «un siseo oscuro, una boca rota que se tragaba todos los sonidos: los besos, las risas. Un quejido de acero, una mandíbula <sup>85</sup>». En el descanso, el viento se revela infinito :

Cuando me acosté el ruido de las ventanas era un temblor profundo, una maldad interminable. Escuchando el batallar de aquellos vidrios pensé, con cierto alivio, que algún día me despertaría en otra parte, y todo eso habría terminado.

Después pensé que lo mismo habían pensado tantos, y sus noches sin embargo eran tan largas <sup>86</sup>.

- 62 Asimismo, el viento no es solo un agente de incomunicación, sino también una fuerza destructora y a su vez creadora de un escenario despojado y arrebatado:

–El viento tiró los cables del teléfono, señorita. No se puede llamar. Miré por la ventana. Polvo, viento y árboles desgarrados. En alguna parte –en Buenos Aires– había sitios con luces, casas con las ventanas abiertas, cines, revistas. (...) Pero todo esto quedaba en un lugar inexistente. El Norte. Lejano Norte. Y esa noche, ahí en Las Heras, caía la noche sobre el mundo entero <sup>87</sup>.

- 63 El viento es también una fuerza capaz de acopiar restos amorfos e indistinguibles: «Cuando salí de la peluquería había una tormenta de tierra o de arena o de piedras, o era viento a secas y a mí me pareció una tormenta de todas esas cosas <sup>88</sup>.» La dicotomía, en Guerriero, no es «civilización o barbarie», ni «civilización o cultura», sino «naturaleza o humanidad», como si se tratara de dos cosas diferentes. El viento resulta ajeno a ambas:

Afuera los árboles grises parecían hechos de plumas, de alas muertas, arañados por una fuerza de malas intenciones. Es raro este empeño, pensé. Allí donde la naturaleza renuncia y pone arbustos y unas piedras, el bicho humano se empeña en poner casas, escuelas, una plaza, e insiste en tener cría <sup>89</sup>.

- 64 La naturaleza llena de vida se retira hacia rumbos menos hostiles y el viento aparece como ajeno a ella. «El bicho», en cambio, se resiste a los determinismos de esta fuerza arrolladora, pero fracasa. Lo que en la ensayística de interpretación nacional se postuló como una fuerza telúrica que define el destino de la nación, aquí es visto como una fuerza cósmica mayor que no pertenece ni a la tierra ni a la naturaleza. Pero esto no hace caer al texto en una forma fantástica, sino que combina el carácter extraño con factores políticos. Tanto el proyecto de integración nacional a través del ferrocarril como el del usufructo de hidrocarburos como actividad integradora se vieron interrumpidos por las inclemencias de la historia social.

- 65 Sin embargo, el viento también puede adquirir connotaciones radicalmente distintas. En el capítulo «Yo fui ramera», Guerriero se centra en la historia de Cecilia: «[...] en mi casa los hombres siempre estudiaron pero mi papá siempre decía que las mujeres no estudian porque como se casan no necesitan» <sup>90</sup>. Cecilia viajó a Buenos Aires para trabajar como empleada doméstica, pero encontró en la prostitución una única forma posible de salir del encierro al que la sometían primero los varones de su familia y luego, sus patrones. Esa forma de «libertad» no era gratuita, costaba un enorme esfuerzo por soportar el asco y el miedo; esfuerzo que conseguía con profundas ingestas de cerveza. Veinte años antes de la entrevista, cuando nació su primer hijo, abandonó todo y se hizo Testigo de Jehová. Cecilia habla bien de Las Heras porque allí, dice, no se juzga a las prostitutas, son muchas mujeres que viven de eso. Pero también disfruta de otros aspectos:

Acá disfruto de todo. Hasta del viento disfruto. El viento es como el sinónimo que te hace acordar que no tenés la menor duda que estás en Las Heras. Vas a otro lugar y no te pasa lo que te pasa acá. Es algo particular. Si estás acá, tenés que amar el viento, reconocerlo y aceptarlo como algo cotidiano de Las Heras. Porque, ¿alguna vez viste un viento como este? <sup>91</sup>

- 66 En el testimonio de Cecilia, el viento ya no es la perversa fuerza natural que tiñe de macabros los relatos de las muertes sino que se trata de una fuerza singular, identitaria y, sobre todo, redentora:

El viento además se lleva todo. El salmo 51, de la Biblia, dice: ‘Borra mis transgresiones, lávame de mi error y límpiame de mi pecado. Mis pecados están frente a mí constantemente. Contra ti, contra ti, sólo he pecado, y lo que es malo a tus ojos he hecho. Pon en mí un espíritu nuevo, uno que sea constante’. Dios tiene la capacidad de borrar eso, y eso hace que hable de esta manera, tan libremente, de que yo fui ramera <sup>92</sup>.

67 En este caso, la cronista ofrece un voto de confianza al testimonio cuando el ambiente es descripto bajo un manto de calma: «Cuando salí de su casa, el pueblo entero flotaba en un silencio amable <sup>93</sup>». El viento se vuelve un tópico permeable al tono de cada testimonio.

68 El capítulo tres de *Falsa Calma* cuenta la historia de Francisco, un hombre nacido en Córdoba que desde muy joven sintió una profunda pasión por los aviones y la sacrificó frente a la salida laboral de la industria automotriz. Toda su vida en Cañadón Seco trabajó para YPF, primero en el taller mecánico y luego en el campo con las bombas de petróleo. Un día de verano, él y sus colegas encontraron un Piper PA12 en perfecto estado.

Entonces, a finales de los sesenta, hacía muy poco que se volaba en la Patagonia. La aerpostal argentina estaba a cargo de los vuelos comerciales y los que podían se compraban sus propias avionetas. El transporte aéreo empezaba a ser el aliado de los patagónicos contra el fantasma de la tierra olvidada. El cielo estaba de su lado. El transporte y el telégrafo fueron dos de las obsesiones de los primeros blancos que se asentaron en el Sur: los necesitaban para exportar, para sobrevivir, para huir. Curiosamente hoy, más de treinta años después, las cosas no han cambiado mucho. Moverse dentro de la Patagonia es difícil, caro, incómodo, irregular <sup>94</sup>.

69 Cuando se refiere al primer encuentro entre Francisco y el avión, Cristoff se apropia de la metáfora del desierto, conveniente para los intereses terratenientes de la oligarquía argentina de finales del siglo XIX y comienzos del XX: «se le habían aparecido como espejismos del desierto patagónico <sup>95</sup>». Pero ese desierto, esa insistencia en la «nada» o el vacío topográfico que también tiene ecos en el texto de Guerriero, en el testimonio de Francisco es un espacio de proyectos. Con ayuda de las autoridades de la compañía, logró iniciar la Escuela de Pilotaje Aéreo del Club de Cañadón Seco, «un impulso al desarrollo de la aviación, la demostración de que YPF podía cubrir todas las necesidades de sus empleados y todas las áreas de la soberanía nacional <sup>96</sup>».

70 La historia de Francisco y sus escenas de aprendizaje como piloto junto a su maestro le ofrecen a la crónica una mirada del territorio centrada en el dominio aéreo, lo contrario de la «tierra», y ofrece otra perspectiva respecto de la geografía o el paisaje:

La brújula, decía, por ejemplo. Y entonces él se daba cuenta de que se habían perdido. Que habían salido con la intención de ir hacia el norte, hacia la meseta chubutense, y que sin embargo ahí abajo estaba el mar. El océano, el Atlántico, mejor dicho. Francisco, las primeras veces, comentaba el estado de las cosas, anunciaba lo que estaba por hacer, incluso lo que iba haciendo: decía que abajo estaba el océano, que debía virar en dirección noroeste, que ahora notaba que el viento no se les resistía, pero el otro nada. Silencio. Un silencio que lo hacía sentir desubicado, infantil, redundante. Y que lo dejaba absolutamente solo. ¿Cómo se suponía que viraba hacia el noroeste? ¿Un viraje rápido, cerrado, o una gran vuelta abierta? <sup>97</sup>

71 Lo inconmensurable, en esta crónica, ya no es el desierto sino el cielo; su presencia abrumadora se convierte en «territorio» susceptible de ser explorado. La geografía, entonces, ya no queda limitada al espacio de aislamiento descripto en el texto de Guerriero. Lo llano o lo desierto se revelan apenas como descriptores dentro de una amplia variedad de categorías topográficas posibles; la escala del territorio crece; los organizadores espaciales obedecen a otro sistema de referencia capaz de sobrevolarlo; el viento ya no es sólo un obstáculo sino también un aliado al que hay que respetar y conocer; el agua, finalmente, ya no está tan lejos. Esta trama conduce a Cristoff a vincular la historia de Francisco con la vida de Antoine Saint-Exupéry, que en noviembre de 1929 inaugura los vuelos de la Compañía General Aerpostal hacia el Sur. Saint-Exupéry conocía bien los aviones porque a finales de la Primera Guerra Mundial había sido reclutado en la Sección de Obreros de la Aviación como mecánico:

De sus vuelos a la Patagonia lo marcaron fundamentalmente dos cosas: el anhelo con el que la gente esperaba la llegada del correo aéreo, y la noche. De esto último habla en *Vuelo nocturno*, que aparenta ser una novela testimonio sobre esa modalidad de vuelos que Jean Mermoz había ideado para salvar a la

compañía de la quiebra, aunque en realidad es un libro sobre la noche. De los peligros de andar volando por ahí –y sobre todo, de la impotencia para contarlos, de la dificultad para hacer de la experiencia un relato <sup>98</sup>.

- 72 Hacer de la experiencia un relato es nada menos que el desafío de la cronista. La analogía entre las obsesiones de los personajes y la propia labor de escritura es algo que reaparecerá en otros capítulos de *Falsa calma*, como veremos en el próximo apartado.

## El documento disperso

- 73 En el capítulo 2 de *Los suicidas* se presenta una de las principales fuentes de archivo que usa la cronista: la revista *La Ciudad*, que durante años fue el único medio periodístico de Las Heras y por ende, fuente predilecta para investigar, más que los hechos en sí, el tipo de discursividad social que circulaba en el pueblo. También presenta al propietario del periódico, Carlos ‘zorro’ Figueroa, autor de *Pueblo Vázquez*, donde denuncia la corrupción del intendente justicialista Francisco Vázquez. *La ciudad* dio noticia de dos suicidios ocurridos en 1995, antes de que se desataran los casos más numerosos:

La lista oficial de esos muertos no existe. Ni el Municipio, ni el hospital ni el Registro Civil creyeron necesario reconstruirla y entonces todos inventan: fueron 22 en menos de un año, fueron 19 en dos años y pico, fueron tres y la gente exagera. Pero los de 1997 ni siquiera fueron los primeros <sup>99</sup>.

- 74 El 10 de mayo de 1995, *La ciudad* publica la muerte de María Eufronia Ritter, de 33 años y el 29 de junio del mismo año, la de Liliana Patricia Rojas, de 20. Sin embargo, nadie contabilizó ni encendió las luces de alarma. La indiferencia de los medios hegemónicos ante los hechos produce un obstáculo en la labor documental de las cronistas. Para ambas, se trata de narrar la historia no historizada:

- 75 «Los datos dicen, pero nunca explican<sup>100</sup>», sostiene Guerriero, que encara una citación de información sobre suicidios de lo general a lo particular. Inicia con cifras globales de la Organización Mundial de la Salud y su espectro de precisiones se va acotando hasta llegar al pueblo de Las Heras. Sin embargo, en ese momento adviene el vacío: «[...] es una ciudad acostumbrada a no contar con datos propios<sup>101</sup>». Como vemos, el tópico del vacío no es solo topográfico sino también documental. Para paliar esta situación, en 1999 se organizó un censo de salud, población y vivienda válido para el período 2000-2001. Y aunque el estudio arrojó cifras relevantes, como el hecho de que había 8 382 habitantes, o que el 89 % de la población vivía de la industria del petróleo o que el 30 % de las mujeres eran madres solteras antes de los 18 años, «nadie preguntó, ni entonces ni nunca, por los suicidios <sup>102</sup>». Esto coloca a la cronista en una posición de importancia y responsabilidad: ni funcionarios, ni periodistas ni científicos sociales ejercieron un rol mínimamente similar al suyo antes.

- 76 En cuanto al aspecto documental, en el capítulo 10, destinado a Las Heras, Cristoff cita un fascículo de la biblioteca local: «Las Heras no fue fundada, surgió por propia gravitación<sup>103</sup>». En la memoria colectiva, Las Heras es representada como una comunidad que comparte un origen aleatorio o infundado. Como contraparte, ese origen reclama un destino de igual carácter. «No hay ningún libro al respecto. La historia de Las Heras hay que leerla así: en fascículos, en recortes de diarios, en folletos, en documentos oficiales, en fragmentos<sup>104</sup>». Uno diría, entonces, que es una historia no historizada aún y que el mismo aislamiento de los pueblos patagónicos se refleja en el olvido de los documentos diseminados. Si el archivo es un documento al cual ya se le ha otorgado la cualidad de la duración <sup>105</sup>, los documentos sobre Las Heras han sido pocas veces convertidos en archivo. Esta misma idea se refleja en el capítulo cinco del libro de *Los suicidas*, donde Guerriero entrevista a Carlos Navarro, de Servicios Fúnebres Navarro. En la siguiente cita, el texto hace uso de un contrapunto donde la voz de la narradora aparece en la constatación principal y el paréntesis transmite las respuestas de los organismos estatales:



El hospital no tenía registros (las muertes no se catalogan como ‘suicidios’); el Registro Civil no tenía registro (los libros, decían, se envían una vez por año a Río Gallegos); la policía no tenía registro (la policía no tenía registro); el Municipio no tenía registro (el Municipio, decía, no tenía por qué). Pero Navarro, vecino de los muertos, pariente de algunos, conocido de todos, en cuadernos Gloria con letra prolija y clara había anotado edad, nombre, fecha, causa de muerte y tipo de cajón: cerrado o abierto<sup>106</sup>.

77 El archivo personal de Navarro ejerce un rol fundamental que debieran ejercer las instituciones: salvaguardar la información que permite realizar diagnósticos y diseñar políticas públicas.

78 El quinto capítulo de *Falsa calma* es un buen ejemplo del trabajo documental: en él se aborda la historia de la desaparición de los comerciantes sirios de Maquinchao y otras localidades de Río Negro, donde a comienzos de siglo se asentó una comunidad de la región del Levante. Apenas la cronista escucha el relato oral sobre estos hechos ocurridos a principios del siglo xx, conduce su narración hacia los archivos del caso. El primer documento es el expediente n° 1875: novecientas fojas dedicadas a robos y asesinatos en la zona del Paraje Lagunitas entre 1905 y 1910. Ahí consta la denuncia de Salomón Daúd ante la desaparición de su cuñado, que al igual que muchos de sus coterráneos, vendía mercadería en consignación de manera itinerante. Torino, comisario a cargo de la comisaría de El Cuy, se encomendó a la tarea de investigar el caso y descubrió una banda que se dedicaba a asesinar y robar la mercadería de los vendedores. Cristoff toma una de las versiones:

Una vez muertos, entonces, los decapitaban y les abrían el pecho para sacarles el corazón porque según Antonia Gueche –alias Macagua, la mujer que cumplía las funciones de hechicera y curandera del grupo y que, dos décadas atrás, había servido en las filas de Roca<sup>107</sup> travestida de hombre– era bueno diseccionar y guardar esos corazones porque daban «coraje para matar turcos y cristianos»<sup>108</sup>.

79 Con cierta desconfianza, Cristoff cita el libro *Partidas sin regreso*, de Elías Chucáir, donde se sostiene la tesis de que los vendedores fueron masacrados por indígenas de origen chileno que constituían una suerte de «penetración cultural»<sup>109</sup>. La idea, sostenida por muchos periódicos del momento, no convence a la autora, por lo evanescente que podría resultar la pertenencia a una nación para un grupo en su mayoría mapuche que, después de las campañas militares que habían emprendido ambos Estados décadas atrás, ya no sentían pertenencia a ninguno de esos países. Más que una estrategia geopolítica, Cristoff cree en la tesis del afán de enriquecimiento ilícito. Para la autora, se trataba de «parias de la frontera»<sup>110</sup>, una idea que remite a la trama de *Martín Fierro*. El relevamiento de artículos de prensa que hará la autora demuestra que, con el afán de proteger el fomento a la inmigración que impulsaba el gobierno argentino para 1910 (en torno al Centenario de la Independencia), los discursos recaen en el anacronismo de adjudicar fronteras nacionales a los pueblos indígenas precolombinos: «Confirmando la tradición de reclamos no atendidos que la Patagonia siempre tuvo con el gobierno central, los refuerzos policiales para lidiar con el caso nunca llegaron<sup>111</sup>». El comisario Torino, en su intento por esclarecer los hechos, finaliza en prisión y la cronista imagina la carta que habría escrito a su hermana denunciando las condiciones de las cárceles.

80 El director del Archivo Histórico de Viedma, Nilo Fulvi, rescató los expedientes y confirmó a la cronista una serie de irregularidades que condujeron al sobreseimiento de los acusados. La tesis de Cristoff sobre la crónica como género, pensada como campo de experimentación en torno a la articulación de hipótesis con entramados textuales, se pone en juego en la vinculación de esta trama con una serie de intertextos y films a los que apela para construir el relato. Se trata de un conjunto de discursos que refieren a diversas formas de alteridad: en primer lugar, las sagas de Hannibal Lecter (en uno de cuyos episodios, el personaje se propone viajar a la Argentina); en segundo lugar, las crónicas del explorador Antonio Pigafetta (en donde, según versiones mencionadas por la cronista, pudo aparecer la figura de Calibán por primera vez); en tercer lugar, *La tempestad*, de William Shakespeare; y por último, *En la Patagonia*, de Bruce Chatwin, de donde Cristoff toma la frase que repite somnolienta: «Caliban has a good claim for Patagonian ancestry<sup>112</sup>». Lo que leemos es la mirada de Cristoff sobre la no ficción

expresada en el prólogo: un espacio de exploración literaria donde la prioridad no está en la constatación fáctica de los hechos sino en la articulación del material testimonial con entramados textuales que producen nuevos sentidos. Esos sentidos están relacionados con la red de textos que crean y adjudican un linaje de monstruosidades para la Patagonia, como si se tratara de un territorio vacante de mitología. En este episodio también aparece la analogía entre el escritor que trabaja con testimonios y el caníbal que se alimenta de alteridades. En el testimonio de la adivina de Las Heras ya aparece el tópico de la alteridad de las voces ajenas como algo de lo que se puede apropiarse el sujeto.

- 81 El capítulo cinco, por otro lado, da cuenta del modo en que el proyecto de consolidación del Estado liberal que había extendido sus fronteras a través de exterminio, el reclutamiento, la usurpación o el destierro del indio o del gaucho, establece fronteras ajenas a la territorialización de las comunidades nativas y engendra nuevas formas de violencia que relega a la impunidad y el olvido. Por el contrario, en el texto de Guerriero, la problemática indígena no tiene protagonismo. Sin embargo, la autora se permite incluir una alusión fantasmagórica expresada por el conserje de su hotel: «[...] en este pueblo pasan cosas raras. Es todo por culpa de los indios enterrados que andan por ahí. Hay muchos indios enterrados acá<sup>13</sup>». Sin muchas otras menciones más allá de esta, Guerriero logra incorporar una sutil dimensión de lo fantástico a la vez que revela la historia de la región.

## Voces finales

- 82 Si retomamos aquella definición de Juan Villoro respecto de la crónica, *Los suicidas del fin del mundo* puede ser leída como una novela capaz de exponer la condición subjetiva de la narradora y la visión de mundo de los personajes. Por su parte, *Falsa calma* explora la estética del cuento con su sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato. Ambas se apropian de todos aquellos aspectos que forman el «ornitorrinco de la prosa»: el montaje de diálogos, la polifonía de los testigos, la opinión pública como forma moderna del coro griego, entre otros. Si bien ambas crónicas se publican en los albores del siglo XXI, bien pueden definirse como crónicas de fin de siglo. Más que justificar intereses, estos relatos denuncian la realidad de comunidades que luchan por definir su identidad en el proyecto nacional de cada etapa. Así, las dos obras forman parte de una larga tradición de escritura de crónicas y ensayos que plantean preocupaciones afines y que se rigen por criterios estéticos e ideológicos de cada tiempo.
- 83 ¿Cómo trasciende cada autora los tópicos heredados por las redes de textos que configuraron el imaginario de la Patagonia? Cristoff desglosa las ficciones literarias y cinematográficas que le permiten dar inteligibilidad a las historias y las articula con todas las formas de alteridad que encuentra: los testimonios, los documentos, la extranjería, lo nativo, el paisaje. Su mirada de la topografía, como hemos visto, adquiere otra escala: incorpora tanto el espacio aéreo de los primeros vuelos patagónicos como el espacio subterráneo de los ríos profundos. Así los convierte en «territorio» de soberanía, experiencia e intertextos. Al igual que Guerriero, presta atención a los documentos y al proceso de convertirlos en archivos a través de un relato tramado con discursividades heterogéneas. Guerriero, por su parte, vuelve reiteradas veces sobre el tema del viento, errante pero omnipresente; caracterizado por momentos como fuerza «sobrenatural», que en virtud de su capacidad de apelar a otros sentidos físicos más allá del visual, logra trascender las formas de representación de la topografía fundadas sobre la mirada. Guerriero hace del viento un elemento que acompaña cada testimonio, adecuándose al clima que cada historia reclama para sí.
- 84 Si a finales del siglo XIX el Estado había cooptado el territorio para consolidar su proyecto liberal y su economía agroexportadora, a finales del siglo XX lo abandona. Tanto las comunidades como los documentos sufren la falta de políticas públicas. Ambas autoras dan cuenta de estas problemáticas.

## Notes

- 1 Jorge Carrión, «Prólogo: Mejor que real», *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*, Barcelona, Anagrama, 2012.
- 2 *Ibidem*, p. 22.
- 3 Darío Jaramillo Agudelo, «Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno», Darío Jaramillo Agudelo (ed.), *Antología de la crónica latinoamericana actual*, Buenos Aires, Alfaguara, 2012.
- 4 Fundada en 1957 por impulso de los hermanos Bruno y Tulio Jacovella.
- 5 Daniel Badenes (comp.), *Editar sin patrón. La experiencia política-profesional de las revistas culturales independientes*, La Plata, Club-Hem, 2017, p. 153-154.
- 6 Jorge Carrión, *op. cit.*, p. 25.
- 7 Diego Igal, *Anfibia*, s/d. «Todos los misterios de la carta de Walsh», *Revista Anfibia*, s/f. Disponible en: <http://www.revistaanfibia.com/cronica/todos-los-misterios-la-carta-walsh/>  
También es importante destacar el rol de Prensa Latina, la agencia de origen cubana, fundada entre otros por Walsh a instancias de la Revolución de 1959, donde la Triple A, primero, y la llegada de los militares, después, volvieron el trabajo cada vez más riesgoso. Diversas corresponsalías extranjeras coadyuvaban denunciando en el exterior los crímenes de la Dictadura. La publicación de la «Carta Abierta de un escritor a la Junta Militar», en el primer aniversario del golpe (1977), fue el acto de mayor compromiso de Rodolfo Walsh antes de su secuestro y desaparición.
- 8 Jorge Carrión, *op. cit.*, 34.
- 9 Mencionamos algunas a modo de ejemplo: *Etiqueta negra* (Perú), *Gatopardo* (Colombia, Argentina y México), *El malpensante y Soho* (Colombia), *Lamujerdemivida y Orsái* (Argentina), *Pie Izquierdo* (Bolivia), *Marcapasos* (Venezuela), *Letras libres* (México), *The clinic y Paula* (Chile).
- 10 «Con el triunfo electoral de Carlos Menem en 1989, se abrió una década signada por la espectacularización de la política y una concentración de medios centrada en el negocio televisivo. Una década en la que se mercantilizó cada vez más el quehacer periodístico, se precarizaron las condiciones de trabajo y primaron las modas y la cultura del entretenimiento». Daniel Badenes, *op. cit.*, p. 207.
- 11 «Lo cierto es que este tejido diverso de publicaciones, que conforman toda una constelación cultural que disputa sentidos, explica en buena medida el pulso de la nueva narrativa periodística local. La Asociación de Revistas Culturales Independientes (ARECIA) agrupa a unas 200 revistas, buena parte de estos emprendimientos editoriales. [...] Con rigor narrativo, con una poética innovadora, con nuevas preguntas, toman riesgos estéticos y políticos para abrir lo que el poder obtura.» Cora Gornitzky, «El periodismo narrativo en las revistas culturales», Daniel Badenes, *op. cit.*, p. 220.
- 12 Algunas nacen en ámbitos académicos, como es el caso de *Anfibia* de la Universidad Nacional de San Martín. Otras de la autogestión, como revista *Cítrica*, compuesta en su mayoría por ex periodistas del diario *Crítica*.
- 13 Juan Villoro, «La crónica, ornitorrinco de la prosa», *La Nación*, 22 de enero de 2006. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>
- 14 Juan Villoro se basa en la metáfora que ofrece Alfonso Reyes cuando habla del ensayo como «centauro de los géneros».
- 15 *Ibidem*.
- 16 Javiera Carmona Jiménez, «Periodismo y Antropología: Ficción y Lealtad», *Revista RE – Presentaciones: Periodismo Comunicación y Sociedad*, Universidad de Santiago, Año 3, Número 6, 2010, p. 15.
- 17 Mariana Bonano, «Tendencias del periodismo narrativo actual. Las nuevas formas de contar historias en revistas y cronistas latinoamericanos de hoy», *Questión. Revista especializada en Periodismo y Comunicación*, n° 43, Vol 1, 2014, p. 39.
- 18 Leila Guerriero, *Zona de obras*, Buenos Aires, Anagrama, 2015, p. 32.
- 19 *Ibidem*, p. 33.
- 20 *Ibidem*, p. 44.
- 21 María Sonia Cristoff, *Falsa calma. Un recorrido por pueblos fantasma de la Patagonia*, Barcelona, Alpha Decay, 2015, p. 11.
- 22 *Ibidem*, p. 11.
- 23 *Ibidem*, p. 12.
- 24 *Ibidem*, p. 15.
- 25 *Ibidem*.

26 *Ibidem*.

27 Cfr. Josefina Ludmer, «Literaturas Postautónomas 2.0», *Propuesta Educativa*, n° 32, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina, 2009.

28 La autora incluye a figuras como Cristian Aliaga, María José Abeijón, Marcelo Eckhardt, Carlos Sacamata y Luciana Mellado.

29 Núria Sabaté Lloberá, «La región silenciada. Una mirada a la Patagonia argentina a través de *Los suicidas del fin del mundo* de Leila Guerriero». Gustavo Forero Quintero (comp.), *Novela negra y otros crímenes. La visión de escritores y críticos*, Bogotá, Planeta, 2013, p. 234.

30 *Ibidem*, p. 234.

31 Leila Guerriero, *Los suicidas del fin del mundo*, Buenos Aires, Tusquets, 2005, p. 15.

32 En la obra, la secuencia de suicidios se presenta primero como macabra pero paulatinamente comienza a tener otras explicaciones de carácter sociológico y psicológico.

33 *Ibidem*, p. 16.

34 *Ibidem*, p. 18.

35 Sabaté Lloberá señala esta cuestión en su artículo: «Las Heras, como otros espacios patagónicos, parece regirse por un sentido de atemporalidad, como si la llegada de los habitantes a la Patagonia hubiera sido accidental, a partir de una decisión tomada irracionalmente y justificada por el deseo de una mejora económica que les permitiera regresar a sus poblaciones de origen en otras partes del país, del continente o incluso más lejos.» Sabaté Lloberá, *op. cit.*, p. 241.

36 Guerriero, *op. cit.*, 20.

37 *Ibidem*.

38 Presidente de la Nación entre 2003 y 2007.

39 *Ibidem*, p. 16.

40 Sabaté, *op. cit.*, p. 241.

41 «Llegué a Las Heras en otoño de 2002 al mediodía», durante la intendencia de José Luis Martinelli, proveniente de la Alianza, que en marzo de ese mismo año participó junto con los desocupados del petróleo en la toma de la batería de rebombeo Loma del Cui II, de Respol-YPF, denunciando la falta de puestos de trabajo para los locales. Repsol se comprometió entonces a crear puestos de trabajo y Martinelli y otros funcionarios fueron procesados por delito federal pero luego, sobreesidos. Eran habituales los cortes de ruta y piquetes en Las Heras, pero no trascendían en los medios. «El ómnibus era demasiado viejo y la ruta 43, escenario de todos los piquetes, se clavaba en el horizonte sin ninguna interrupción, sin una sola curva.» Guerriero, *op. cit.*, p. 22.

42 María Sonia Cristoff, *op. cit.*, p. 23.

43 Daniel Herrscher, *Periodismo narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*, Buenos Aires, Marea, 2012.

44 María Sonia Cristoff, *op. cit.* p. 216.

45 *Ibidem*, p. 218.

46 Leila Guerriero, *op. cit.*, p. 22.

47 *Ibidem*, p. 58.

48 *Ibidem*.

49 *Ibidem*, p. 126.

50 *Ibidem*, p. 127.

51 *Ibidem*, p. 133.

52 *Ibidem*, p. 134.

53 *Ibidem*, p. 137.

54 Sobre todo con la amenaza de que Repsol deje el pueblo y se marche a la localidad de Sarmiento.

55 *Ibidem*, p. 143.

56 *Ibidem*.

57 *Ibidem*, p. 146.

58 *Ibidem*, p. 164.

59 María Sonia Cristoff, *op. cit.*, p. 197.

60 «Para indagar las íntimas esperanzas y los íntimos terrores de cada cual, disponían de astrólogos y de espías... El ebrio que improvisa un mandato absurdo, el soñador que se despierta de golpe y ahoga con las manos a la mujer que duerme a su lado ¿no ejecutan, acaso, una secreta decisión de la compañía? Ese funcionamiento silencioso, comparable al de Dios, provoca toda suerte de conjeturas.» *Ibidem*, p. 199.

61 *Ibidem*, p. 199.

62 *Ibidem*, p. 200.

63 *Ibidem*.

64 *Ibidem*, p. 213.

65 *Ibidem*, p. 214.

66 Cfr. Marta Penhos, «Introducción», *Ver, dominar, conocer. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

67 «El tópico del desierto, que expresó las aspiraciones fundacionales de la generación del 37 debe casi todo a esos observadores llegados de la 'Europa civilizada' que fijaron una manera de mirar los espacios y una retórica para expresarla». Isabel Stratta, «La imaginación espacial en *Radiografía de La Pampa*», Actas del II Congreso Internacional sobre la obra de Ezequiel Martínez Estrada, Bahía Blanca, 1996, s/d.

68 *Ibidem*, s/d.

69 Domingo F. Sarmiento (1845). «Capítulo 1. Aspecto físico de la República Argentina, i caracteres, hábitos e ideas que enjendra», en *Facundo o Civilización i barbarie en las Pampas argentinas*. Paris, Hachette, 1874, p.22. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/buscador/?q=Facundo+civilizaci%C3%B3n+y+barbarie>

70 Miguel A. Bartolomé. «Los pobladores del «desierto». Genocidio, etnocidio y etnogénesis en la Argentina», *Amérique Latine Histoire et Mémoire, Les Cahiers ALHIM*, 10, 2004. Disponible en <https://journals.openedition.org/alhim/103>

71 *Ibidem*.

72 Bien lo señala Miguel A. Bartolomé: «Resulta un lugar común suponer que el territorio que conforma la actual República Argentina, se encontraba casi despoblado para el momento del contacto con los invasores europeos. Pero aparte de un lugar común es también una mentira. Es cierto que la densidad demográfica del área no era en absoluto comparable a la que poseían las altas culturas andinas y mesoamericanas, pero eso no significaba que estuviera despoblada. El mito de un inmenso territorio 'desierto' y sólo transitado por unas cuantas hordas de cazadores 'bárbaros' [...] fundamentaba el modelo europeizante bajo el cual se organizó el proceso de construcción nacional. Resulta muy difícil realizar estimaciones demográficas sobre la magnitud de la población prehispánica, especialmente si consideramos que los cazadores requieren de territorios bastante extensos para reproducir a comunidades relativamente reducidas. Hace ya muchos años J. Steward (1949: 661) propuso que dichos grupos superarían los 300 000 miembros, aunque un cálculo más realista, que incluya la alta capacidad productiva de los pueblos agricultores del noroeste, cuya sola población ascendería a 200 000 habitantes (G. Madrazo, 1991) puede hacer subir esta cifra hasta el medio millón de habitantes. Si, tal vez no eran tantos, pero allí estaban». *Ibidem*.

73 Ezequiel Martínez Estrada (1947). *La cabeza de Goliath: Microscopía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Losada, 2001.

74 Stratta, *op. cit.*, s/d.

75 Toma la noción de cultura como aquello que está del lado de lo nacional y la tradición, mientras que la civilización se presenta como inorgánica, artificial, internacional e intelectual. Cfr. Stratta, *op. cit.* s/d.

76 Isabel Stratta, *op. cit.* s/d.

77 Arturo Jauretche, *Manual de zoncetas argentinas*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1973.

78 *Ibidem*, p. 15.

79 *Ibidem*.

80 Sabaté Lloberá, *op. cit.* p. 235.

81 Jorge Carrión, *op. cit.*, 34.

82 Sabaté Lloberá, *op. cit.*, p. 237.

83 Leila Guerriero, *Los suicidas*, *op. cit.*, p. 30.

84 *Ibidem*, p. 72.

85 *Ibidem*, p. 84.

86 *Ibidem*, p. 102.

87 *Ibidem*, p. 109.

88 *Ibidem*, p. 119.

89 *Ibidem*.

90 *Ibidem*, p. 153.

91 *Ibidem*, p. 156.

92 *Ibidem*, p. 157.

93 *Ibidem*.

94 María Sonia Cristoff, *op. cit.*, p. 44.

95 *Ibidem*, p. 45.

96 *Ibidem*, p. 46.

97 *Ibidem*, p. 49.

98 *Ibidem*, p. 54.

99 Leila Guerriero, *op. cit.*, p. 27.

100 *Ibidem*, p. 61.

101 *Ibidem*, p. 61.

102 *Ibidem*, p. 62.

103 María Sonia Cristoff, *op. cit.* p. 213.

104 *Ibidem*.

105 En la presentación del número de la revista *Littérature*: « Usage du document en littérature » de 2012, Tiphaine Samoyault escribe una presentación titulada « Avant-propos. Du goût de l'archive au souci du document ». Esta introducción presenta una interesante distinción entre documentos y archivos. El segundo es un concepto más restringido: es un documento al que ya hemos conferido la cualidad de la duración, que ya tiene una utilidad para comprender una parte del pasado. El documento, en cambio, se da siempre en presente y consiste en todos los recortes de lo real antes de que sean clasificados o utilizados. Frente a los documentos, el investigador, escritor o archivista se encuentra como el arqueólogo frente a su sitio el primer día de búsqueda. Solamente distinguiendo las diferentes capas geológicas, colocando cada fragmento en su orden probable e interpretándolo, se le dará una significación y se lo conducirá a su temporalidad. El documento tiende potencialmente al archivo o a la biblioteca de acuerdo al uso que uno hace de él y la transformación a la cual se lo somete para darle una duración. Tiphaine Samoyault, « Avant-propos. Du goût de l'archive au souci du document », *Littérature*, n° 166, 2012/2, p. 3-6.

106 Leila Guerriero, *op. cit.*, p. 84.

107 Julio Argentino Roca (1843-1914), general responsable de la « Conquista del desierto » y presidente de la Argentina entre 1880 y 1886 y entre 1898 y 1904.

108 María Sonia Cristoff, *op. cit.*, p. 86.

109 *Ibidem*, p. 87.

110 *Ibidem*.

111 *Ibidem*, p. 92.

112 *Ibidem*, p.106. « Caliban tiene un buen reclamo de ancestro patagónico ». Bruce Chatwin, *Patagonia*, London, Vintage, Random House, 1998 (1977), p. 128. La traducción me pertenece. Con la insistencia en este enunciado, Cristoff reafirma esta genealogía de monstruos de ultramar que rastrea en Shakespeare.

113 Leila Guerriero, *op. cit.*, p. 26.

## ***Pour citer cet article***

### *Référence papier*

Yael Natalia Tejero Yosovitch, « Miradas sobre el territorio », *Cahiers d'études romanes*, 38 | 2019, 67-101.

### *Référence électronique*

Yael Natalia Tejero Yosovitch, « Miradas sobre el territorio », *Cahiers d'études romanes* [En ligne], 38 | 2019, mis en ligne le 18 octobre 2019, consulté le 31 décembre 2019. URL : <http://journals.openedition.org/etudesromanes/8920> ; DOI : 10.4000/etudesromanes.8920

## ***Auteur***

### **Yael Natalia Tejero Yosovitch**

Instituto de Literatura y Filología Hispánica « Dr Amado Alonso » (UBA) / CONICET / Universidad Nacional Arturo Jauretche

## ***Droits d'auteur***



Cahiers d'études romanes est mis à disposition selon les termes de la licence Creative Commons Attribution - Pas d'Utilisation Commerciale - Pas de Modification 4.0 International.

Ce site utilise des cookies et collecte des informations personnelles vous concernant.

Pour plus de précisions, nous vous invitons à consulter notre politique de confidentialité (mise à jour le 25 juin 2018).

En poursuivant votre navigation, vous acceptez l'utilisation des cookies. Fermer